

A Gustavo, de cuatro años,  
in memoriam.

I

Dios apocalíptico  
qué poco mide la tarde  
cuando espero de pie el paso de tus ángeles,  
raudos, vara de luz en mano  
al viento el indeleble hábito que enceguece.  
Porque los muertos susurran incorporados bajo el sol  
y regresan, interminables regresan,  
y cada árbol los esconde  
cada hoja es una palabra, dicha  
siempre dicha,  
entendida a veces,  
lamentada.

Poseer el secreto sería por cierto vivir  
apretadas horas que se deslizan en pendiente  
por tardes que desesperan en otro país extenuado y cercano;  
y no querer levantar al niño de bruces  
por miedo a que saber ahogue,  
ni ver caer su cabello vertical en el aire,  
ah, no atreverse a asir sus dedos únicos  
porque la muerte no es el esperado límite  
la muerte es la circunferencia vertiginosa a la que somos  
[arrojados

trémulos  
espantados  
acaecidos ya y por siempre carne del tiempo inenarrable.

## II

Ahora que día tras día  
el cielo muda su cálido follaje y se asemeja  
cada vez más a la pizarra transparente de tus ojos,  
ahora  
que el espeso octubre mana lentamente las tardes,  
ahora debías marchar,  
que era tu tiempo.

Ah, sí, escuchabas el animal inmemorial  
rondando en ciernes sobre tu talle fresco,  
y crecía  
de noche  
atravesando la sangre de ambiguos sueños.  
Lo sabías,  
bajo la luz te turbábamos  
y te hacíamos reír, cuando en cambio  
hubiéramos debido congregarnos en torno de tí,  
silenciosos  
anhelantes  
buscando detrás de tu voz el sellado pórtico.

Pero ya es tarde,  
ya no podrá tu piel urdir el subterráneo mundo  
ya te has devuelto cauce adentro  
y aconteces en Dios tu apremiado destino.  
Ya no vendrán en mi rescate tus manos o tu rostro,  
acudido estás de milagro y en vano clamo  
contra mares de arena que inexorables sobre mí devienen.

En vano clamo tu retorno y acechado  
persisto.

CESAR MAGRINI